



En memoria de José Pereiro

Javier Travieso

Traemos a las páginas de nuestra revista cultural el pesar que nos invade por el reciente fallecimiento de nuestro buen amigo y conocido pintor José Rafael Pereiro Miguens. El destino aciago que a muchos le tiene reservada esa cruel e insidiosa enfermedad que tantas vidas se lleva por delante, le encaminó lentamente hacia el fin de sus días el pasado 20 de mayo del presente año 2005.

Enamorado como pocos de nuestras tierras estradenses por las que se dejaba ver muy a menudo, fue precisamente en ésta localidad –en la que disfrutaba de amistades muy afines que solían reunirse en torno a una mesa de “La Terraza”– donde celebró algunas de sus múltiples exposiciones. La primera de ellas, recordemos, se produjo en torno al año 1973 en una sala del Recreo Cultural que a la sazón se encontraba instalada en la actual Plaza de Galicia. Más recientemente celebró, también en La Estrada, la que el destino quiso que fuera su última muestra cara al público, coincidiendo con la Semana Santa del año 2003, en el salón de exposiciones de la Galería “Sargadelos”.

Había nacido José Pereiro en Santiago de Compostela el 30 de enero del año 1928. Recibió clases de dibujo de Francisco Asorey en la Escuela de Artes y Oficios compostelana, ingresando posteriormente, en 1945, en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando de



José Pereiro Miguens.

Madrid, llegando a ser discípulo de maestros tan ilustres como Eduardo Chicharro o el retratista Julio Moisés.

Al poco de regresar a Compostela se construyó una deliciosa residencia de campo en el valle de Teo y a partir de ese momento pasó a tener una relación afectiva y directa con nuestro municipio. Se nutría habitualmente, en establecimientos como el de Pepe Neira o algún otro, de pinceles, tubos de color y demás herramientas imprescindibles para su incansable labor de artista. En el Pazo de

Oca supo captar hermosas perspectivas de sus jardines otoñales. En la feria de los miércoles se hacía con animales vistosos (conejos, gallos de bello plumaje...) que luego trasladaría a la tela sumergidos en esa inquietante penumbra que distingue muchos de sus lienzos, con influencia, más o menos lejana, de Ignacio Zuloaga, aunque acentuando siempre un efecto tenebrista muy particular y que, a partir de una amplia gama de colores cálidos, pudiera llevarnos a pensar también en nuestros grandes del Siglo de Oro.

Los que nos preciábamos de su amistad le recordaremos siempre a la manera de un ser alegre, vivaz y sumamente generoso, como si de un niño grande se tratase, jugueteando con la materia e ideando bromas o proyectos impactantes y novedosos. Sus múltiples inquietudes le llevaron a practicar muy diferentes actividades a lo largo de su vida: el patinaje, la equitación, el motorismo... Hubo un tiempo en el que se dedicaba a viajar todo a lo largo de las tierras de España y de

Marruecos en su vehículo utilitario desde el que iba soltando palomas mensajeras que llegaban puntuales a su lugar de origen. En este país del Atlas llegó Pereiro a tener una excelente red clientelar de unos años para acá, alcanzando gran éxito entre aquellas gentes sus acostumbradas panorámicas de las rúas de Santiago o sus consabidos bodegones que tan buena venta habían tenido entre la burguesía compostelana de los años sesenta y setenta, aquella entrañable etapa de las exposiciones del “Círculo Mercantil” que eran todo un acontecimiento social, referente de tertulias y punto de encuentro y de charla para toda clase de seres dotados de inquietudes culturales.

En la Compostela de años atrás llamaba la atención por nuestras rúas la habitual presencia algo bohemía de dos artistas locales muy representativos. Uno de ellos era Manuel López Garabal, que se dejaba ver al caer la tarde bajo los soportales con aquel andar oscilante tan suyo, su amplia boina ladeada y una copiosa cabellera blanca. El otro era –cómo no– su discípulo José Pereiro, el de aquellas pobladas barbas que en algo evocaban a los venerables músicos ancianos del Pórtico de la Gloria.

Hay quien dice que fue Julio Romero de Torres el precedente del arte Pop al incluir una botella de Tío Pepe en el retrato de una joven andaluza. Es posible que haya sido José Pereiro, igualmente, el primero en incluir montajes impactantes y humorísticos, a la manera de collages muy curiosos, como dan fe muchas de esas obras que han



Camelias.



El paseo de los tilos.



La galería del piano.

ido recalando con el tiempo por diferentes hogares de Galicia. Esta actitud la irradiaba Pereiro al discurrir de la vida misma, según podrá testificar todo aquel que se acerque por su residencia familiar de Teo, abarrotada de recuerdos personales.

Gran enamorado de la buena música, sabía penetrar en las profundidades abismales de las creaciones de Wagner, Tchaikovsky o Mahler, nombre éste con el que bautizó, precisamente, al último de los caballos de su propiedad (recordarán muchos lectores la imagen de su hija Patricia cabalgando al trote,

melena al viento, por el asfalto de las avenidas compostelanas).

Visitaba establecimientos de antigüedades allí donde se encontrara. Adquiría añejos instrumentos de cuerda o de viento metal que pasaban a integrar su colección privada y luego utilizaba como modelo.

El buen cine fue otra de sus pasiones. Le cautivaba la desbordante belleza de films como “Novecento” del director italiano Bernardo Bertolucci, que llegó a influir, incluso, en el intimismo elegante de alguno de sus últimos lienzos.

Sus armonías cálidas, de ocres y granates, le distinguen. José Pereiro era conocido entre el gran público, como pintor de bodegones y no hay duda que era lo suyo. La vaguedad impresionista le era sentimentalmente ajena a nuestra manera de ver, a pesar de esa ima-

gen personal tan característica de barba poblada, que llevaría, apresuradamente, a identificarlo con algunos grandes del *plein air* como Monet o Pissarro.

Desde estas páginas lamentamos la desaparición de este artista vivencial tan ligado a los ambientes de La Estrada a la espera de poder disfrutar, algún día no lejano, de una completa exposición antológica suya que, a modo de homenaje, alguna institución local pudiera organizar.



El rincón del tiempo.